

los anales de la dramática española. Esos que no ven á Dicenta como es en realidad, un grande y delicadísimo poeta, tuvieron que rendirse, confesándose vencidos. Y se inclinarán ante esa lira que tiene el acento épico de la lucha, y tiene la melodía dulcísima con que encantaba Orfeo en los abismos.

La excelsa Rosario Pino y el ilustre Emilio Thuillier dieron la verdad en esas figuras con que el poeta proclama la libertad de amar triunfante sobre la tierra. Su talento, que hubo de llevarnos á la realidad misma, realzó la creación poemática con el encanto de las cosas vividas. Y yo, como poeta más que como fraternal amigo del autor, tuve el alma de fiesta, asistiendo devotamente al banquete espiritual que Dicenta nos ofreció en el Español.

PEDRO DE RÉPIDE.

## ACTO PRIMERO

El teatro representa la plaza principal del pueblo durante el veraneo y en las fiestas patronales de aquél.

En el fondo se verá el muelle con escaleras practicables que conducen al mar. Por cima del muelle sobresaldrán los palos de tres ó cuatro embarcaciones menores.

A la derecha en primer término, avanzando sobre el escenario para sér bien visto del público, un kiosco abierto destinado á rifa. Estará adornado con hojarasca, cintas de colores y gallardetes. En el mostrador, que tendrá colgaduras de percalina de colores, habrá dos bombos de cristal, abiertos por arriba y mediados de papeletas.

A la izquierda, en primer término, se verá la puerta de un café y delante de ella dos veladores y unas sillas.

A derecha é izquierda, en segundo término, cerca del fondo, dos bancos de piedra.

La escena comienza en la mañana de un día de Septiembre á finalizar la temporada veraniega.

Al alzarse el telón aparecen en escena Antonia y Rosario, que estarán en el kiosco despachando papeletas á Pérez y Pepe. Don Rodrigo y López sentados frente á uno de los veladores que hay á la puerta del café.

Procúrese hacer pasar y repasar por el fondo, en determinados momentos, personajes varios para que den al cuadro toda la realidad y el relieve posibles.

### ESCENA PRIMERA

ANTONIA, ROSARIO, PEPE, DON RODRIGO, PÉREZ y LÓPEZ;  
luego un MOZO de café

- PÉR. ¡Otra en blanco!... (Mirando la papeleta que acaba de desenrollar.) ¡Y van diez!... ¡Y va un duro fuera del bolsillo!
- ROS. Es para los pobres.
- PÉR. Ya... ya... ¡Y con el trabajo que cuesta despegarlas!
- ANT. (A Pepe.) A ver si tiene usted mejor suerte.
- PEPE No hay suerte como recibir las papeletas de sus manos. ¡Qué rebonitas son! (Queriendo coger una de las manos de Antonia.)
- ANT. ¡Quietol... Ande pronto. Ábrala. (Pepe se pone a hacerlo.)
- ROS. (A Pérez.) Saque otra 'á ver si tiene más ventura.
- PÉR. Ahora no.
- ROS. Entonces largo. Aquí no se admiten mirrones.
- PÉR. Vaya, que no le dan á uno conversación más que para sacarle los cuartos del bolsillo. (Se dirige donde están López y don Rodrigo.)
- ROD. (A Pérez, que se habrá acercado á la mesa.) ¿Qué sacáronte?
- PÉR. Veinte reales. ¡Y ni un carrete de hilo! Hasta no verte más, Amadeo; porque era un Amadeo.
- LÓPEZ Esa madrileñita tiene mucha labia.
- ROD. (A Pérez.) ¿Quieres un vermouthe? Te convidó.
- MOZO ¡Mozol! (Llamando.)
- PÉR. ¡Voy! (sale y sirve el vermouthe.)
- LÓPEZ ¡Los maíces son gloria! Ha tres años no diéronse como ellos. ¡Buenas pesetas va usted á guardar en el arcón!
- ROD. A algunas les dará el aire pronto. Don Rodrigo no es como tú.
- PÉR. Sin tirar, tirar, procuro darme gusto y cuando la cosa lo merece...
- LÓPEZ Las dos forasteras son canela.

- ANT. (Abriendo una de las papeletas.) Premiada. El mil setenta y cinco. (Dirigiéndose al interior del kiosco, cuyas dos terceras partes se perderán en el lateral.)
- PEPE Veamos, veamos el premio.
- ROS. Poco será. Los premios buenos están en los números bajos.

### ESCENA II

ANTONIA, ROSARIO, DON RODRIGO, PEPE, PÉREZ y LÓPEZ

- ANT. Aquí está el premio. Un sonajero; guárdelo para regalárselo al primer chiquillo que tenga.
- PEPE (Cogiendo el sonajero.) ¡Ay, Antoñita, si usted y yo pudiésemos cumplir con un solo regalo!...
- ANT. Pepito, ¡por Dios!...
- PEPE Solteros somos y en situación de sonajearnos hallamos.
- ROS. Váyase, váyase, porque si no dirá algún disparate mayúsculo.
- PEPE Hasta la tarde en la playa, ó hasta el baile. Es de etiqueta. Por cierto que mi frac debe estar imponente. ¡Aun se verán peores! (se dirige donde están Rodrigo, Pérez y López.)
- ROS. Es muy simpático. (Por Pepe)
- ANT. Parece mentira que se resigne á vivir en este poblacho.
- ROS. Es un pobretón, ¿qué va á hacer?
- (Rosario y Antoñita se retiran de primer término y desaparecen en el fondo del kiosco. Salen por la izquierda la Gibiona y Pepota con dos cestos de pescados vacíos en la mano. Don Rodrigo, al ver á la Gibiona, se levanta y se dirige hacia ella.)

### ESCENA III

La GIBIONA, PEPOTA, DON RODRIGO, PÉREZ y LÓPEZ

- PEP. El día cuadró bien por la mar.
- GIB. Venir han llenitas las traineras.
- ROD. (A la Gibiona.) Por la pesca, ¿eh?

GIB. ¿Que hacerle?  
 ROD. ¡Ay, si fueras pez tú!  
 GIB. No entraría en éi su *trasmallo*.  
 PEP. ¡Claro, como tienes otro en la mar! El tu novio, que Trasmallo dicen por mote.  
 ROD. Pobre red es ese Trasmallo.  
 GIB. Si recoge pez de su gusto, que es buena. Con Dios.  
 ROD. Connigo; bajo con vosotras. Guapa estás, mozuca, y arisca como gata en un corral nuevo.  
 (Sigue con las pescadoras y baja con ellas la escalera del muelle en la que desaparecen los tres. Entra Gundemaro y se dirige á la mesa donde están Pepe, López y Pérez.)

ESCENA IV

PEPE, PÉREZ, LÓPEZ y GUNDEMARO

GUND. Felices.  
 PÉR. Ya va don Rodrigo á la rosca de la Gibiona.  
 LÓPEZ No se descuida nuestro alcalde.  
 GUND. Señor es de horca y cuchillo en esta aldea y no renuncia á ningún derecho señorial.  
 PEPE ¿Vais á criticarle? Rodrigo es rico y gusta de las buenas mozas para su diversión.  
 LÓPEZ Como de ser alcalde, para caciquear.  
 PEPE Otros fueran peores. Al menos él es buen amigo y rumboso. Al fin del año, ¿qué? Veinte ó treinta muertos que votan y un par de chiquillos que berrean. Ganancia para el censo.  
 PÉR. Todo lo tomas á chacota.  
 PEPE ¿Iba á tomarlo en serio? (A Gundemaro.) ¿Estás contento de las fiestas?  
 GUND. Hay de todo. No dicen mal la gira y el baile y los fuegos artificiales. Algo hay que ofrecer al esparcimiento vulgar; pero fué torpe suprimir del programa el número que yo propuse.  
 PEPE ¿El torneo?

GUND. Sí, señor, el torneo. Un torneo con jueces, pajes y farautes, á la antigua usanza. Yo hubiera prestado mis armaduras del siglo doce y mis ropas del trece y mis aceros del catorce...  
 PEPE Y nos hubieras puesto en ridiculo.  
 LÓPEZ ¿Que lo digas! (Riendo.)  
 GUND. Reid. Opiniones hay contrarias á las vuestras.  
 PÉR. ¿Sí?  
 GUND. Don Alberto y don Jerónimo cuando les expuse la idea la celebraron entusiásticos. Ellos no rieron.  
 PEPE Hacia afuera por buena educación. Hacia dentro ya reirían.  
 LÓPEZ Don Alberto pinta de primera. ¿Viste el cuadro que está haciendo en la playa? El tío Chicote está muy propio. Hasta la mella se le ve.  
 GUND. Y don Jerónimo es un gran músico. Ayer tocó en el viejo órgano de nuestra vieja iglesia, un miserere medioeval y eran de ángel sus manos.  
 PÉR. Deben tener cuartos porque gastan sin tino. Anoche se tomó don Alberto dos cafés, uno detrás de otro.  
 PEPE ¡Canastos!... Menos mal que al uno sus cuadros y su música al otro les permiten esos derroches.  
 PÉR. ¡Los cuadros! ¡la música! ¡Mira que dar eso dinero! Algo tendrán por su casa para gastar tanto.  
 (Aparecen en las escaleras del muelle Alberto y Jerónimo seguidos por un marinero que llevará á mano un caballete y una caja grande de pinturas.)  
 PEPE Pregúntaselo si quieres enterarte. Ahí desembarcaron.  
 PÉR. No tengo tiempo. Estoy encargado de preparar el ambigú del baile. ¿Me acompañas? (A López.)  
 LÓPEZ Voy á la alameda por el puente á reunirme con María. Hasta allí iremos juntos. (Se dirigen hacia la derecha por donde salen.)  
 ALB. (Al marinero.) Lleva eso al hotel. (El marinero

sale por la izquierda. A Jerónimo.) Si te parece, tomaremos cerveza.

JER. Corriente. (Saludando á Pepe que se ha levantado.) ¡Hola, querido Pepe!

### ESCENA V

ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE Y GUNDEMARO. Luego el MOZO

ALB. ¡Qué deliciosa playa! Mar, cielo y montaña se reunen en ella para que todos los verdes y todos los azules compitan. Mi encanto es la playa y mi desesperación al propio tiempo. No hay forma de recoger en un cacho de lienzo tan diversas tonalidades.

JER. Ni, de recoger en un pentágrama todos los poemas que aire y mar cantan por aquella atmósfera azul. En fin, recoja cada uno lo que pueda y deje lo restante para otros que sepan recogerlo mejor. (Al mozo que llega) Cerveza. ¿Y ustedes?

PEPE Yo vermouth.

ALB. ¿Usted, Gundemaro?

GUND. Cerveza también; pero en el jarro mío. Ya lo sabes, Julián. (Vase el Mozo.) Un jarro auténtico holandés, siglo XVII.

PEPE El siglo XVII es un límite. De ahí para adelante no transige, ni con la vajilla.

(Vuelve el Mozo, pone los servicios encima del velador y se retira.)

### ESCENA VI

ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE Y GUNDEMARO

GUND. Transijo, esa es la palabra transijo con la actualidad, pero mi vida está en las edades que pasaron; en los recuerdos que evoca esta *Mérina Augusta*, favorita de los romanos césares, fortaleza de los godos monarcas, señorío de los Moncadas y Salsueñas, emporio donde los reyes castellanos juntaban

mesnadas y prevenían flotas y edificaron un románico templo para gloria del arte y puntal de la religión. ¡Oh *Mérina Augusta*...! No sigas, Gundemaro; es la centésima vez que estos señores oyen la perorata.

PEPE

GUND.

Si empiezas con tus bromas, ¿qué remedio? me callaré.

JER.

(Examinando el jarro.) El jarro es precioso.

GUND.

Pertenece á mi pobre museo.

ALB.

No tan pobre. Hay en él cosas de gran mérito. El Cristo bizantino es una maravilla.

GUND.

Comprendo que es chifladura en un misérrimo secretario de Ayuntamiento este amor de la antigüedad; pero, se lo juro, lo mismo en el museo, cuando estoy solo con mis cachivaches, que en el municipio, cuando hojeo las escrituras y privilegios de esta noble ciudad, imagino vivir aquellas épocas y hasta me supongo uno de los esforzados varones que acompañaron á San Fernando en la conquista de Sevilla.

ALB.

De tipo anda usted justo. Esos miembros preciosos, esa barba larga y cuadrada, esos bigotes caídos... ¿Por qué no se deja la melena? Con ella y un capacete, sería imagen rediviva. Tengo en mi estudio una moneda de Teodorico que es la cara de usted. ¿De veras? (Con seriedad. Con timidez.) ¿No se burla?

GUND.

JER.

PEPE

(Con solemnidad cómica.) ¡El rey goda nos libre! Si siguen jaleándole capaz es de ponerse el caso é ir con él al Ayuntamiento; y fuera triste que mi primo Rodrigo al verle en tal guisa, le soltara dos ternos y el rey goda tuviera que meterse debajo de una mesa con capacete y todo.

GUND.

PEPE

¡Pepe!... (Con bondadoso enfado.) No vale enfadarse. Sabes que paso por tu monomanía, como pasas tú por mis bromas, y te quiero de veras. En esta aldea de ignorantes y de egoistas eres un entendimiento culto y un alma bondadosa. Gracias á mis libros y á tí, que resultas para el caso otro libro, puedo sobrellevar la monotomía de

ALB. los inviernos tristes, aguardando que el verano nos traiga un poco de alegría y de luz. El invierno en estas aldeas debe ser espantoso.

PEPE ¡Calculen!... Cuatro ricachos que, por serlo, se creen autorizados á no tener educación ni sentido común; cuatro ricachas de las cuales digo lo propio; un centenar de marineros con quienes puede hablarse cuando no están borrachos, es decir, pocas veces, y un centenar de marineras a quienes puede uno acercarse pocas veces también, porque sólo se medio lavan los domingos. Mucho viento, más lluvia aun que viento... y se acabó la perspectiva.

JER. Algo mejor hay.

GUND. ¿Qué?

JER. Chicas encantadoras

PEPE ¿Como Lorenza y Mónica? ¡Infelices!

ALB. ¿Por qué?

GUND. Educadas como señoritas y pobres de solemnidad. ¡Figúrense que porvenir el suyo! El de todas las señoritas aldeanas, pobres como ellas ó como ellas con inteligencia y corazón. Desesperarse mientras envejecen y jugar á matrimonios irrealizables con novios de verano.

(Entran por la derecha Ernestina y Gertrudis, mujeres de cuarenta y cinco á cincuenta años. Gertrudis vestirá de obscuro, tendrá el gesto ayinagrado y el tipo de beata. Ernestina vestirá á lo joven con colores muy claros en que predominen los tonos fuertes. En toda su persona ha de manifestarse el tipo de una pobre vieja soltera que no renunció á la juventud.)

### ESCENA VII

ERNESTINA, GERTRUDIS, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

ERN. (A Gertrudis.) Se nos hizo tarde y esas señoritas aguardan el relevo.

GER. ¡Qué aguarden!... No iba á dejar por ellas la organización de la novena. ¡Valientes ni-

ñas!... La misa toda pasáronse entre miraditas y carantoñas á los hombres. Ni el templo respetan las muy...

ERN. Para el amor no hay lugar sagrado, Gertrudis.

JER. (Reparando en Gertrudis y Ernestina. Por la última, á Gundemaro.) ¿Se le escapó esta del museo?

PEPE ¡Cuidado!... Es parienta. Un ejemplar de la soltería aldeana. Voy á presentárselo á ustedes. (Se levantan todos y se dirigen donde están Gertrudis y Ernestina.) ¡Queridísima tía!...

GUND. ¡Doña Ernestina!

ERN. ¡Ernestina, Gundemaro! ¡Ernestina! Aun no casé para llevar don.

PEPE No casó porque no lo quiso.

ERN. Porque no siempre encuentra el alma lo que busca. ¡Ay!... ¿No es cierto, Gertrudis?

GER. ¡Hay tan pocos partidos serios y convenientes!..

PEPE (A las señoras.) Me permito presentar á ustedes á estos dos amigos. (Por Alberto y Jerónimo que saludan.)

ERN. Ya les conocía. Mi casa da enfrente del hotel. Algunas mañanas, cuando me asomo al balcón, veo á ustedes en sus habitaciones.

También ustedes deben haber reparado en mi.

ALB. ¡Cómo no!..

JER. Hay cosas en las que se repara siempre.

ERN. ¡Qué galante!... ¡Por Dios!... (Con coquetería moceril.)

ALB. A esta señora ..

GER. (Secamente.) Señorita.

ALB. Verdad. Excúseme la distracción. A esta señorita la veo siempre que entro en la iglesia,

para admirar sus joyas de arte.

GER. Por cierto que usted y el señor (Por Jerónimo.) cuando van á la iglesia, hablan á gritos y alborotan como si en vez de iglesia fuera

aquello un teatro. Yo con ustedes pierdo mi devoción y estropeo mis rezos.

PEPE ¡Qué lástima!...

GER. El señor cura piensa hablar á ustedes suplicándoles que sean más respetuosos.

- ALB. No hace falta; desde hoy, cuando entre en la iglesia, cerraré mi boca; y no digo mis ojos porque me privaría de mirar á usted.
- GER. (Dirigiendo una mirada rápida y coquetona á Alberto.) ¡Déjese de requiebros!
- GUND. ¿Estuvo en la alameda, Ernestina?
- ERN. Un ratito. Por hacer tiempo. Ya ves que voy con traje de mañana.
- JER. Le sienta á usted admirablemente.
- ERN. No tiene nada de particular. (Contoneándose.) Es sencillísimo.
- JER. (Bajo á Alberto.) Y de unos golpes verdes que no encontrarás en la montaña. Apúntalos.
- PÉR. ¿Había mucha gente?
- ERN. Bastante. Yo estuve en el corro de María. Pronto vendrá. Le toca despachar con nosotras.
- GER. Tan hispada como siempre estaría. ¡Mujer más orgullosa!... Y todo por sus cuatro ochavos. ¿Quién la mirara si no fuese por ellos?..
- GUND. Pues Rodrigo, apenca con María.
- GER. De la tal boda hablábamos cuando ésta vino á recogerme en casa de Refugio. Estábamos allí organizando la novena de Octubre ocho ó nueve muchachas..
- ERN. Yo interrumpí la conferencia.
- ALB. Ahora á despachar papeletas.
- GUND. Y esta noche al baile, porque irán ustedes al baile.
- GER. Yo, no. Me invitaron, naturalmente; pero el baile es diversión algo deshonesto. A la rifa vengo porque se trata de los pobres.
- ERN. Yo sí voy al baile. Bastante se aburre una en invierno para desaprovechar estos esparcimientos que son el encanto de la juventud.
- JER. Habla usted como un libro. ¿Qué sería de la juventud sin esas expansiones? Nada, nada ¡al baile! Y feliz yo si alcanzo la honra de tener á usted de pareja.
- ERN. ¿Por qué no?
- PEPE. Tía, cuidadito. Este caballero es de los que cuando baila aprietan la cintura.

- ERN. Repara que no hablas á mujeres casadas. (Se dirigen á la rifa donde momentos antes han aparecido Antonia y Rosario. Ernestina y Gertrudis entran al kiosco y se saludan con las otras.)

### ESCENA VIII

ERNESTINA, GERTRUDIS, ROSARIO, ANTONIA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

- ROS. ¡Retrasadas!..
- ERN. Culpa mía no fué.  
(Entran Ernestina y Gertrudis en el kiosco.)  
(Por las dos.) Ahí las tienen. Ernestina cristalizó en los dieciséis años. La mocedad no ha concluido para su alma. Concluyó para el cuerpo; pero Ernestina no se entera. Vive en perpetuo limbo.
- ALB. Y la otra...
- PEPE. La otra fué, al decir de los de su edad, muy ligera de cascos. Ahora es beata y maldiciente.
- JER. El diablo harto de carne...
- PEPE. A la carne creo que no llegó; pero las salsas las ha probado todas. ¿Quieren que veamos descargar la pesca? Es una faena entretenida.
- ALB. Y para mí conveniente mirarla. Uno de mis cuadros ha de inspirarse en el asunto.
- GUND. Póngale por fondo la iglesia. El románico de su arquitectura hará digno parangón á las olas de este mar altivamente histórico.
- JER. Vamos á la descarga del pescado por las razones expuestas y porque las marineras de esta playa andan superiores de pantorrillas. ¿Fueron siempre así las pantorrillas en *Mérina augusta*, querido Gundemaro?
- GUND. No hablan de ello las crónicas.
- JER. Hacén mal. La pícara historia suele dejarse lo más sabroso en el tintero.  
(Se dirigen hacia el muelle por una de cuyas escaleras desaparecen, á tiempo que salen del kiosco Antonia y Rosario.)